

Religión,

Administración

Librería de Santa Teresa,
Collado, 30,
SORIA.

EL URBIÓN

Precios DE suscripción

Un año. 5 pta.
Semestre. 3 »
Por correspondencia, 6 y 3,50.

ABRIL

Sol. S. 5,30 m. P. 6,34 t.
Luna llena.—S. 10,14 n.
P. 6,35 m.

9

1449. Abdicación del antipapa Félix V.

Sábado.

99 San Anastasio. 266.

Ciencias,

Literatura

y

Política.

SUMARIO:

Otro desacierto. — Enseñanzas estériles. — Estudios contemporáneos. — Velasquillo.—La Reina de Tardajos.—Revistas sin política.—Mis crónicas.

AÑO I.

SORIA.—1898.

NÚM. 4.

Otro desacierto.

¿Nos es lícito hablar como españoles y como católicos al mismo tiempo? Pues, vamos á hacerlo.

Decíamos el otro día que el mayor desacierto cometido por el Gobierno liberal era el de no haber solicitado francamente el concurso del país para los graves asuntos que se están ventilando, abriendo de par en par las puertas de las Cámaras á todas las opiniones y ejerciendo rigurosa vigilancia para la completa garantía del derecho electoral.

Entonces, preveyendo las complicaciones que se están ya acabando de realizar, hablábamos de la posibilidad de la guerra internacional, diciendo que nada debíamos esperar del Gobierno ni de los políti-

cos; que toda nuestra esperanza estaba, humanamente hablando, en el corazón del pueblo español que entonces estaba dormido, pero que podía despertar á cualquiera hora.

Y ese pueblo estaba despertando. Después de una larga noche de aparente sopor, un grito de ¡Guerra! ha resonado en toda la Península, y ahora como hace dos años, el Gobierno es el primero en sofocarlo.

Reconozcamos que el Gobierno liberal carga con una nueva responsabilidad. En estas circunstancias, como en las anteriores, no habría gobierno republicano que, ante el espontáneo pronunciamiento del pueblo español, no hubiese declarado la guerra á los Estados Unidos hace ocho días.

Ningún Rey absoluto se habría atrevido á oponerse á esta actitud belicosa, prueba evidente de que continúa siendo el mismo el pueblo de Covadonga y de Numancia, de Bailén, de Cerinola, de San Quintín, de Pavía, y del Bruch, de Gerona, de Somorrostro y de Urgel.

El pueblo tiene instinto. Él comprende que, andando el tiempo y rigiendo las instituciones y gobiernos que nos llevan á todo correr á la ruina, la bancarrota y la ignominia serán el término de nuestra carrera constitucional. No puede luchar con este liberalismo felón, hipócrita y pérfido, cien veces peor que el ejército de la manigua, que él ha soliviantado y revolucionado con la inmoralidad y cinismo de sus empleados, porque el pueblo español siente asco á los procedimientos indignos. Ahora, ante las provocaciones de una nación tan pérfida como el liberalismo, el pueblo se encontraba con una lucha digna de él: y sin contar los cañones ni los buques, porque no le hace falta saber su número hasta que los tenga á la vista, prorrumpe en un violento grito de ¡Guerra!, porque la guerra era la esperanza de su salvación.

La política imperante ha sentido frío ante la guerra. Todos sus amigos, hasta el Señor Obispo de Barcelona, se han estremecido. Silvela y Pidal y el Ilustrísimo Catalá, prefieren la *independencia* de Cuba á la guerra constitucional. Es verdad: hace veinte años ese habría sido el medio de evitar la guerra de Cuba, los insultos extranjeros y el pánico actual. En aquella fecha, en vez de estar enviando á Cuba empleados escandalosos que hicieron inaguantable el dominio español, habría sido bueno conceder á las Antillas esta independencia. Pero ahora, cuando los amigos de Pidal, Silvela y Romero Robledo se han enriquecido á costa de los cubanos y *en nombre de España*, queda pendiente ante la justicia divina la cuenta de esas injusticias y de esos crímenes legales: España tiene que pagar esa administración perversa y tiene que vomitar, con el premio de las setenas, la millonada que en su nombre han sacado indebidamente de Cuba sus empleados. ¡Caros nos han costado esos millones! Los cobraron los liberales, conservadores y fusionistas: lo paga el pueblo español. ¡Diente por diente: ojo por ojo! La agresión pasada se convierte en la actual vergüenza. Esta es la lógica de la historia.

Si cuando se inició la guerra, el general Calleja hubiese hecho lo que en el pasado siglo se hizo con algunos funcionarios de Cuba; si se hubiese abierto un proceso sobre cada uno de los funcionarios inmorales y por el crimen de *lesa patria* se les hubiese fusilado á la vista de insurrectos y españoles, para venganza de aquellos y escarmiento ejemplar de éstos, la guerra se habría terminado, y no diría Máximo Gómez que el mundo ve con admiración su causa.

Entonces, cuándo los Estados Unidos hubiesen hablado de la administración española, les habríamos podido acallar enseñándoles las cabezas de los funcionarios puestos en la picota. No lo hicimos: el pueblo español hizo suya la causa de los funcionarios, y en tanto que estos, con el dinero sacado de Cuba se están dando la gran vida y están redimiendo del servicio militar á sus hijos, los hijos del pueblo ¡mueren en la manigua y todavía hay funcionarios que, según dicen explotan y negocian con el ejército. ¡Qué horror! La Pastoral del Señor Cascajares, la carta de Máximo Gomez al general Blanco, la ley autonómica de Moret, las opiniones del Obispo de Barcelona, y la cotización de la Bolsa son las piezas históricas de este vergonzoso calvario.

¡Bién! el pueblo español aplacará con su sangre y con su dinero la divina justicia provocada por los funcionarios que se divierten y que ahora piden la guerra con *Kermesses*, corridas de toros y bailes: (¡es lo único que pueden hacer!); y después que haya pagado esa deuda, sabrá cobrar la deuda que con sus innumerables traiciones han contraído los Estados Unidos. El pueblo español será víctima para Cuba y verdugo para el *jingoismo*. Por eso pide ¡guerra y más guerra.!

¡Por qué no le secunda el gobierno?

¿Es que hay alguien que prefiere seguir haciendo el negocio de transportar tropas y de comerciar con el ejército? ¿Es que hay en España alguien que cobra *prima* por las indemnizaciones que paguemos á los Estados-Unidos? ¿Es que hay alguien empeñado en ser agente de negocios para arreglar la guerra con dinero? Todo eso puede haber. Los *grandes* Cánovas y los grandes Sagasta, con los semi-grandes Pidal y Moret, ven en la guerra el fin del liberalismo. El que viniese á gobernar á España detrás de esa guerra, si quedábamos vencidos, serían extranjeros; y si salíamos victoriosos, sería otro muy distinto de esos políticos *muy grandes* para las intrigas palaciegas y para los chanchullos electorales, y *muy pequeños* para las cosas de verdadera importancia. ¡Eso es lo que temer! No temen por España, sino por el Liberalismo. Oh, si: si el pueblo español llega á levantarse se la pagarán los Estados-Unidos y los insurrectos; pero antes de que vuelva á acostarse, ajustará las cuentas al liberalismo conservador y fusionista. Son muy miopes y muy temerarios los políticos que no quieren ver cómo está fermentando el descontento en el pueblo: Ese descontento se traducirá en frases de dura venganza.

S. P. O.

La intervención Pontificia

La intervención del cielo.

Aplaudimos sin reservas la iniciativa de la Reina Regente en lo de implorar el auxilio del cielo en las presentes calamidades.

Nos parece muy bien que pidamos ese auxilio para dos objetos: para salvar á España y para acabar con el liberalismo que la pierde.

Nos parecería mejor que esos auxilios celestiales se hubiesen implorado antes de nombrar funcionarios para las antillas y antes de nombrar los ministros y antes de otorgar las leyes, y antes de elegir diputados.

Para todo eso necesitamos el auxilio de lo alto. De otro modo, nuestras oraciones son de resultado dudoso.

Su Majestad no se propone tentar á Dios; ya lo sabemos. Para si á pesar de nuestras oraciones salimos derrotados, la culpa no es de los Santos del cielo, sino de los diablos de la Tierra.

Secundando, pues, los deseos de D.^a María Cristina, pidamos á Dios el triunfo de España y el exterminio del liberalismo.

¿Con qué derecho invocan Sagasta y Moret la intervención pontificia? Ya sabemos que el *Heraldo* y otros periódicos liberales cantan ahora endechas al Pontificado, para mañana repetir sus sátiras contra el Dinero de San Pedro y contra el *Papa Rey*; ya sabemos que algunos periódicos, y aún de los más pios, declaman contra *El Siglo Futuro* porque ha combatido esa intervención. Lo diremos de una vez á los *pios*, *no pios* y á los *impíos*: la intervención del Papa y de la Iglesia no puede, ni debe invocarla el gobierno que ha arrojado á Cristo de la Legislación y que ha arrojado á la Iglesia de la Enseñanza y de la Beneficencia, y que ha excluido del Congreso á los sacerdotes españoles.

Ahora decimos lo que ellos han dicho tantas veces: *¿el Papa en su Vaticano? ¿qué tienen que ver entre sí la política y la Iglesia?*

No se trata de la salvación de España, sino de la salvación del Liberalismo. y no debemos comprometer al Pontifice en la salvación de las instituciones liberales.

¿Qué quieren que haga el Pontifice para componer este desaguisado? ¿Han contado con él para provocar la guerra?

Lo más que puede hacer León XIII es dar un corte como en lo de las Carolinas. Si entonces España salió mal librada del arbitraje, no espere salir mejor ahora.

Eso es comprometer y hacer odioso el Pontificado.

No nos asusta la guerra material: la *paz espiritual* es la que buscamos. ¿Cuándo llegarán á entenderlo los *pios* y los *impíos*?

Si no nos salva la guerra, no nos salvará la paz que nos dan conservadores y fusionistas. ¿Para qué queremos esa paz? ¿No son ellos los que están despoilando á España, por medio de la emigración? ¿No son ellos los que, según dicen, hacen más bajas en nuestro ejército, que las balas de los insurrectos? ¿No son ellos los que dan libertad al criminal y opresión según dicen, al inocente? ¿No son ellos los que están aumentando las fortunas á medida que va empobreciéndose la patria? ¿No son ellos los que dicen que andan bien, cuando todos decimos que andamos mal? ¡Maldita esa paz! ¡Viva la guerra!

A morir con dignidad: á los cristianos no les asusta la muerte sino la injusticia. La justicia está de nuestra parte: *á morir*, que para eso hemos venido, para saber morir cuando sea hora.

ENSEÑANZAS ESTÉRILES.

La Historia, con claridad meridiana, nos enseña que el camino de las complacencias, de las humillaciones y de las abdicaciones vergonzosas es el que conduce, cuando nó á la destrucción y muerte de los pueblos, á guerras espantosas en que el angel malo de la desesperación aletea sobre el que á sí mismo de tal manera se deshonorá; y esa pasión furiosa impele á realizar hechos que llegan á ser hazañosos, sí, pero que cuestan rios de sangre y dejan además agotadas para muchos años, las fuentes productoras de la riqueza del país; estragos que con harta facilidad hubieran podido evitarse á haber habido buena dirección en los asuntos del gobierno y una oportuna energía, ante la cual, el contrario hubiese seguramente desistido en sus temerarios y locos planes de ambición.

Un ejemplo. Existían en la edad antigua dos republicas poderosas y rivales, que ansiaban mutuamente destruirse. Roma y Cartago. Pero el poderío de esta última llegó á quebrantarse hondamente á consecuencia de los descalabros que sufrió en dos guerras con los

romanos y parecía que estos podrían ya darse por satisfechos, seguros de que no se verían en adelante molestados por la que había sido su temible competidora. Mas no fué así. El coloso romano trataba de aniquilar del todo al vencido cartaginés y deseaba encontrar un pretexto cualquiera para volver á la lucha. Había en el Senado romano algunos miembros que no podrían siquiera sufrir que se pronunciase el nombre de Cartago. Un día, Catón senador, sacó ante aquella Asamblea unos higos frescos que llevaba ocultos bajo su toga y dijo: «Estos frutos estaban hace tres días pendientes de su rama en los jardines de Cartago ¿y permitiréis que subsista tan cerca de vosotros ciudad semejante? » Aquel era el fogoso orador que siempre terminaba sus discursos con la célebre frase: *Delenda est Carthago*. Las excitaciones de Catón produjeron su efecto. Y como al fuerte monarca faltan excusas para atropellar al que cree más débil, como lo acredita la fábula del Lobo y el Cordero, pronto halló el Senado el pretexto que buscaba. Masinisa, príncipe númida, cuyo territo-

rio confinaba con el del cartaginés, invadió los campos de éste, incitado probablemente por los mismos romanos. Cartago, en el último tratado de paz con Roma, se había comprometido á no emprender guerra alguna sin el consentimiento de esta República; y al ver su territorio invadido, expuso el caso al senado romano; este contestó con evásivas: Masínisa se envalentonaba cada vez más, y los cartagineses se decidieron al fin á rechazarle. Alega entonces Roma la infracción del tratado y envía contra Cartago una poderosa escuadra que conducía ochenta mil legionarios, al mando de dos cónsules, con la orden expresa de no terminar la guerra sino con la destrucción de la rica y floreciente ciudad africana. A la noticia de que las naves romanas se acercaban, salieron al encuentro embajadores cartagineses pidiendo que la ciudad fuese tratada *con miramiento*; humillación á que contestan los cónsules con arrogante insolencia, exigiendo como condición para la paz trescientos rehenes de las familias principales. Aunque con dolor, los cartagineses accedieron. Los jefes romanos, ya dueños de Útica, cerca de Cartago, van exponiendo poco á poco nuevas y estupendas pretenciones: que Cartago les suministre todo el grano necesario para la provisión del ejército; que les entregue toda la escuadra; exigen luego que les dé todas las máquinas de guerra, todos los escudos, todas las armas. A cada una de estas pretensiones se sucedían los correspondientes clamores y hasta motines en la ciudad, porque no todos opinaban del mismo modo: había hombres déiles y caracteres animosos: unos por la paz querían acceder á todo; otros pretendían, en nombre de la honra de la patria, que no se transigiese. Prevalecieron los temperamentos de cobardía; se fué accediendo, accediendo... y Cartago quedó indefensa.

Y Entonces los cónsules terminaron su escandalosa embajada con estas palabras: «La voluntad última y resuelto del Senado y pueblo romanos es que abandoneis vuestra ciudad, la cual va á ser destruída hasta sus cimientos, y podeis fundar otra donde más os agradare, pero á tres millas del mar.»

Llantos y gemidos se oyen por doquier en la aternada ciudad: los cartagineses vacilan un momento, sin resolverse á partido, pesarosos de tantas transacciones se entregan á excesos de furor, y la misma desesperación les da alientos para apresurarse á defender la patria. Forjan armas con los metales que aun poseen, se fabrican escudos, espadas, lanzas, dardos; contragarnos, y nosotros, asustaditos como niños,

tan las mujeres sus cabellos para hacer de ellos cuerdas! destruyen las casas para aprovechar la madera en la construcción de buques; todos trabajan sin descanso para levantar torres y barricadas; lanzan sus improvisadas embarcaciones por un bôquete que á costa de inauditos esfuerzos han logrado abrir en la voca y con teas incendiarias destruyen gran parte de la flota enemiga, como también muchas máquinas de guerra de los sitiadores... ¡Vano empeño! No era posible resistir los golpes de los arietes y el empuje de las águilas romanas. Se dan varios asaltos á la plaza, y pronto empieza la lucha en las mismas calles. Los romanos tienen que ir tomando casa por casa, degüellan sin piedad y lo saquean todo. Muchos cartagineses, lo mismo que algunos años después hicieron los numantinos, dan fuego á sus comercios y á sus viviendas y se entregan también á las llamas: otros no sintiéndose con valor para tamaño sacrificio, se entregan al vencedor, á Escipión Emiliano.

Este consiguió sembrar la soledad y asentar el imperio de la muerte en el sitio que había ocupado una ciudad populosa y la más opulenta de cuantas se conocían en aquellos tiempos. Estaba hecha la paz, tan deseada por los romanos: la paz del cementerio. Cartago había sucumbido gloriosamente; pero pereció por haber cedido ante las brutales exigencias del Senado Romano.

Hasta aquí la Historia.

Se apena el ánimo al tratar de establecer comparaciones.

Cartago, pueblo de la raza maldita de Cain, cuyo dios era el oro, da sublime ejemplo de patriotismo. Si cedió ante las iníquas pretensiones de Roma, fué porque tenía á sus puertas un poderoso ejército enemigo, á quien consideró invencible. Su fé falló por un momento, aunque después, para morir, dió lozanas muestras de su pujanza.

Y España ¿que alega en su descargo? ¿Donde estaban los enemigos hace dos años, cuando la sórdida avaricia *yanhev* empezaba á chuparnos la sangre en forma de indemnizaciones. ¿Qué poder militar ni naval tenían á la sazón los protectores de las cañallas filibusteros? Eran un fantasmón, que nos amenazaba con cedimos, y empezamos á cobrarle un miedo tan fenomenalmente grande, como inmensamente estúpido; sí, porque los precedentes que tenemos acerca de la valentía de esos norteamericanos no son nada favorables para ellos.

Diríase que la Historia no se ha escrito para los españoles de este *liberalísimo* siglo.

Eduardo Velasco Goñi.

Estudios Contemporáneos.

La corrupción moral de la literatura.

I

Elementos y causas generales.

La corrupción literaria es un hecho. Todo el mundo lo reconoce y todo el mundo se lamenta de ello. Muchos son los que han estudiado esta cuestión de capital importancia y, visto el parecer de unos y de otros, solamente sacamos en limpio el hecho de la corrupción; en todo lo demás, *quot capita tot sententia*.

¿Se trata de un fenómeno, de un hecho? Para estudiarlo debidamente podemos recurrir á la *historia* y á la *experiencia*. Ellas nos indicarán los elementos de que se compone y las causas que lo producen. En este terreno las primeras cuestiones que salen al encuentro de la investigación, son estas: ¿cuándo se verificó el hecho? ¿Cómo?

Hablando de la corrupción literaria en general, podemos decir que el hecho data de muy antiguo. Los folletos y libros escandalosos de hoy son los *papeles* clandestinos de ayer: Los manuscritos de dos siglos atrás son los Pasquines de otros muy anteriores. Uno de los más esclarecidos ingenios de la literatura latina, podría reprochar muy poca cosa á nuestros escritores libertinos.

Antes no había periódicos ni teatros, pero había otra literatura manuscrita: había juglares y trovadores, bufones, payasos y chocarreros, dicharacheros, graciosos y sin vergüenzas. Los actores han cambiado de traje y de escenario: la comedia es la misma.

El lenguaje y los medios de expresión han progresado, y con ese vehículo ha progresado la corrupción literaria y el escándalo. Zola, Renan, Dumas y Voltaire, á principios de nuestra era, habrían necesitado siglos enteros para llegar á la popularidad que ahora han adquirido en cuatro días. Castelar pronunciaba uno de sus últimos discursos: apenas brotaban de sus lábios las palabras cuando quedaban estampadas en las cuartillas taquigráficas una por una: á los cinco minutos esas palabras caían letra por letra sobre el receptor telegráfico de Nueva-York, y de Paris, de Roma y de Londres: á las cuarenta y ocho horas, *El*

The Times, *El New-York-Herald*, *La Tribuna*, *Le Temps* y el *Diario de Sesiones*, habían llevado ese discurso con todas sus palabras y con todas sus letras á la selva africana, al chiribitil de la aldea, al salón del trono y á la buhardilla de la casa de vecindad. Millones y millones de inteligencias estaban absortas en la lectura de un discurso que lo mismo podía ser un pasatiempo, que un sermón, que un escándalo. En menos de tres días había dado la vuelta al mundo. Los medios han cambiado notablemente: ahora una palabra puede ser en poco tiempo un escándalo universal: un error puede sembrar la confusión en todo el mundo en menos de dos días.

Algunos se asustan ante ese poder inmenso, ante esa velocidad pasmosa, y maldicen el progreso. Yo creo que el género humano se mueve bajo los auspicios de la Providencia que por ser Divina y Redentora no puede consentir el entronizamiento definitivo del error y de la maldad y sabe convertir en bien nuestros propios crímenes. Por eso no me atrevo á maldecir el progreso.

Los mismos medios que puede emplear el error y el vicio, pueden emplear la verdad y la virtud. Si la humanidad fuese esencial y totalmente viciosa, entonces maldeciría esos medios de que dispone. No siendo así, otra caso es la que maldigo.

El hombre es naturalmente falible y naturalmente siente amor y cariño á sus ideas, aunque sean erróneas, porque para él no existe la verdad y el error: existe solamente su idea. Por esto antes de desprenderse de un error, la inteligencia sufre, como la tierra de la cual arrancan una planta aunque esa planta sea ponzoñosa y perjudicial á la misma tierra. Sufre una operación quirúrgica. Si la verdad que viene á suceder al error disipa todas las dudas y tapa todos los huecos, la inteligencia se abraza luego á esa verdad con el mismo entusiasmo con que estuvo abrazada al error. El tiempo, el cultivo y la fuerza de la planta encariñanla recíprocamente con la tierra. Esta

comparación es exacta. Por eso la inteligencia defiende su *idéa* errónea: la manifiesta y combate por ella instintivamente al encontrarse herida por otra *idéa* verdadera. La lucha no es, para el sujeto, entre la verdad y el error, sino entre *idéa é idéa*: la *idéa* que él profesa es su verdad: su *creencia* su y *ciencia*. Lo mismo debe decirse de las idéas especulativas que de las morales. El *bien* para el sujeto vicioso, es la satisfacción de su *vicio*. Si á esto se añade la ignorancia del bien objetivo, tenemos la corrupción.

Es esta una observación muy principal. Cuando el hombre tiene extraviada su conciencia, que es cuando cree bueno lo malo y el corazón quiere ese mal, es decir: cuándo en ese doble juicio están de acuerdo la inteligencia y la voluntad, el hombre no se perca de obrar el mal y se jacta de ello con la misma fruición con que el virtuoso relata su virtud.—Sólomente cuando la conciencia reprueba los actos de la voluntad, es cuando el hombre se hace hipócrita, ocultando sus vicios y sus maldades. La historia criminalista lo demuestra.

Otra hipocresía hay. Si la anterior parece ser fruto de la vanidad, esta otra parece ser fruto de la soberbia, y es aquella que induce al hombre notóriamente vicioso é incapaz de retraerse del vicio, á esforzarse por demostrar la bondad de sus maldades, haciendo aparecer el vicio como virtud, para no ser acusado de vicioso,

La primera hipocresía no defiende propiamente la inmoralidad, porque el hipócrita con su misma hipocresía la condena. Como defensores de la inmoralidad hasta aquí, son: el que profesa de buena fé el error y lo defiende, ó el malvado que á sabiendas falsifica la verdad predicando lo que no cree. Contra esas dos clases de literatos, están los amantes de la virtud y de la verdad. Con la misma velocidad con que el perverso publica sus idéas, puede publicarlas el virtuoso destruyendo el error apenas nacido.

Antiguamente, el carecer de estos prodigiosos medios de comunicación, era causa de que un error viviese siglos en algunas naciones, á pesar de que hubiese sido victoriosamente refutado en otras. Hoy, lo mismo que puede cundir el escándalo, puede cundir el buen ejemplo. De esa lucha vertiginosa ¿quién saldrá triunfante? Ya lo sabemos: la historia de Jesucristo es la historia de la verdad. Cuando se la crea muerta y sepultada y custodiada en el sepulcro, entonces resucita y triunfa. Cuando Elías haya perecido en manos del Antecristo, aparecerá el Mesías en Josafat victorioso y justiciero. El triunfo definitivo pertenece á la Verdad.

«En los tribunales de Roma—decía Azpuru—se dá la razón al que la tiene, si sabe defenderla.» Lo mismo sucede en el Tribunal de la inteligencia. Si la

Verdad queda postergada en esa lucha y la malicia triunfa sobre la santidad, culpa es de los que deben y pueden, y ó no saben no ó quieren defenderla. ¡Eso es lo que maldigo: la indiferencia de los buenos y de los sabios!

Se asustan muchos de los malvados. ¡Que necesidad! ¿acaso podemos culpar á alguien de que obre conforme á su naturaleza? Y ¿no es natural que el error y el vicio traten de extenderse? ¿No son naturalmente expansivos? Yo me asusto de la inacción de los buenos. Eso demuestra que los malvados tienen al vicio y al error cariño mayor que el que los buenos tienen á la Verdad y al Bien. Tenemos una ventaja sobre ellos: la ley de la conciencia y de la Lógica. Cuando perdemos la batalla, es señal de que no hemos sabido luchar.

La lucha entre el Bien y el Mal, entre la verdad y el error, brota espontáneamente de las condiciones naturales del hombre imperfecto y pecador. Desde que el hombre es libre para el bien, es moral; desde que es libre para el mal es inmoral: desde que es moral ó es inmoral, es inmoral ó moral su lenguaje: desde que el lenguaje es inmoral y moral, es moral é inmoral la literatura. Todo se reduce á que sea impresa, ó manuscrita ó hablada. Los sordo-mudos tienen su literatura moral ó inmoral en la mímica. En cuanto la literatura es la expresión más ó menos brillante de las idéas, es equiparable á las otras bellas artes.

El literato es escultor cuando describe las formas de una imagen; es pintor cuando explica sus colores: es músico cuando se vale del sonido ó lo analiza. En este sentido la música es la retórica de los oídos, la escultura es la retórica del tacto: la pintura es la retórica del oído. El músico, el pintor y el escultor hablan á la inteligencia por conducto de los sentidos: el literato habla á los sentidos por conducto de la inteligencia. La literatura inmoral es coetánea de la pintura, de la escultura y de la música inmorales. En donde está el hombre inmoral, está el sentimiento y la idéa inmoral y la expresión de ese sentimiento por medio del geroglífico de las letras, ó de la naturalidad de la figuras.

Así también donde estuvo el hombre ignorante, allí estuvo el error y el defensor de ese mismo error. Donde estuvo el primer hombre vergonzoso, allí estuvo la hipocresía: donde apareció el primer soberbio vicioso, allí apareció la mentira y el defensor de la mentira y del vicio.

La ignorancia y la soberbia, son las causas primordiales de la inmoralidad en todo y particularmente en la literatura, y son al mismo tiempo sus componentes.

S. P.-O.

VELASQUILLO

Ensayo histórico sobre Miguel de Antona

Bufón de Felipe II.

I.

Velasquillo, según Loperraez.

En el tomo 2.^o *Descripción histórica del obispado de Osmar*, página 174, se lee que en el lugar de «Quintana Redonda nació Velasquillo, bufón del rey Don Felipe el IV, y fundó en él un mayorazgo, que posee en el día la familia de los Plazas, apellido que tuvo su mujer. Se mantienen aún en la Iglesia algunos ornamentos y alhajas que le dieron, y un retablo pequeño que costearon muy cerca del presbiterio, y se cierra con dos puertas al estilo antiguo, haciendo pintar en ellos (*¿en cuáles?*) al óleo sus retratos; pero hace pocos años que un cura demasiado escrupuloso, mandó borrarlos aunque no fué tan completamente que no se descubra media parte.» Dice también el mismo historiador que (*tomo II pág. 188.*) en el convento de la Aguilera (Burgos) se conservan los cuadros de las visitas que á la casa hicieron los Reyes Felipe III y IV «con la particularidad de verse en los de esta última los retratos de Velasquillo y su mujer.»

Casi con las mismas palabras explica la existencia de las pinturas en el convento de la Aguilera el Sr. Madoz: pero sabido el poco peso del testimonio de este historiador, hemos de pensar que no hizo más que copiar á Loperraez, ó ambos á dos copiaron á otro, dando por bueno lo dicho, sin examinar si puede ó no ser verdadero.

II

Cuatro palabras sobre los bufones.

La historia de un bufón, jamás puede sernos indiferente. Ese tipo, por lo común deforme y ridículo, que ha adornado los salones reales en calidad de mueble exultante, ó como estatuas de movimiento, en aquellos tiempos en que los monarcas gozaban de los privilegios de los dioses, y disponían de la suerte de las naciones como de las vidas de sus vasallos, la figura del bufón tiene una importancia excepcional. — Han sido muchos los escritores que han afeado cuanto ha sido posible el supuesto abuso que de los lastimosos bufones han hecho los antiguos reyes. No tratamos de puntualizar los quilates de humanitarismo que alcanzara ese pretendido abuso: porque si vemos de qué manera esos desventurados servían de chacota á los palaciegos, no puede menos de sublevar-

se la sangre de la indignación.— La dignidad humana, abofeteada y escarnecida en la persona de los bufones, nos causa acre repugnancia.— Así hablan, los que de los reyes suelen hacerlo con más rencor que imparcialidad, arrancando la última nota á la cuerda del sentimentalismo. Otros disculpan como inocente capricho de esparcimiento, ese de buscarlo para el trabajado espíritu del monarca en las agudezas ó chocarrerías de esos *clowns* de Corte. Según estos, nada de sarcasmo ni de bafa: es un medio de solazarse lícitamente entre las brutalidades del bufón, aquellos que raras veces han podido ver hombres *al natural*. Es el único que dentro del palacio no lleva el antifaz de la adulación y del servilismo: por encima de aquel hervidero de máscaras, aparece el rostro del bufón, llevando al cinismo y á la desvergüenza sus espontaneidades y franquezas.

Quédese cada cual con la opinión que más le acomode. Sin hacernos solidarios de los excesos que pudo ocasionar esa costumbre buena ó mala, inocente ó sacrilega, á mí me place ver al lado de una de esas majestades de los siglos XVI y XVII, á ese mono-sabio, único órgano de la verdad entre el barullo de la cortesana mentira. Asaz vil es la industria que ejercen, cuando para ella se ven obligados á abdicar de todo asomo de dignidad y decoro; pero si con frecuencia se ven compelidos á pasar en silencio los más groseros insultos, tienen siempre el privilegio de ver computados como gracias los denuestos é injurias que brotan de sus labios.— ¡Pobres Reyes! Hastiados, tal vez, del trato de esos farsantes cortesanos, más repugnantes y asquerosos que aquellos arlequines; quizás hambrientos de la franca verdad que no han podido hallar entre sus áulicos, quizás por esto se abrazan á los bufones, á quienes colman de gracias y de honores.

¡Cuántos muñecos hay en las Cortes de los Reyes, que merecieran ser contados entre el número de *bufones*..... que saben disimular las propias y ajenas picardías, riéndose para adentro....!

Antiguamente hubo una gran afición á esa suerte de *graciosos*, algunos de los cuales han llegado al colmo de la celebridad. Detrás de Luis XIV, siempre creemos ver á *Angely*: al lado de Francisco I, no faltará nunca *Triboulet*, y junto al Duque de Módena, buscaremos en todos

tiempos á *Gonnella*.— Algunos reyes han tenido el capricho de hacerse retratar en compañía de esos *servidores*, como se hace retratar el cazador con el perro á sus plantas. Si ese antojo obedeció al propósito de hacer resaltar más y más la figura del monarca, se equivocaron lastimosamente. Aquella risa que de golpe provoca la grotesca imagen del bufón, cae con fiera venganza sobre la cabeza coronada, al punto que con el nivel de la razón decimos: el Rey y su bufón, son dos hombres. Un monarca y un gracioso son dos majestades humanas: si aquél se burla de éste, es porque no advierte que debajo de la corona y al través del manto, hay sólo un bufón más ó menos gracioso, que es el que sirve de armatoste á la realeza.

Algunos de esos miserables han adquirido notoriedad y fama. El privilegio otorgado por el Rey de Aragón á *Mossen Borrás*, para quitar de donde le pluguiese cuanto vino querría beber, por medio de una real cédula, célebre entre todas las de esta especie, perpetuará en los anales bufonescos la memoria de tan afortunado bebedor.

Pero todos los datos que tenemos acerca de estos sujetos nada serían en comparación de la curiosidad é importancia que tendría una historia que pudiese penetrar el interior y descifrar los enigmas que casi siempre cubren bajo la apariencia de locura, un alma torpe dentro del marco de un ingenio agudo. El *Bertoldo* ha querido darnos el retrato del bufón de Corte: creo es muy difícil comprender en solo un tipo las muchas variedades que puede ofrecer la especie.

III

Velasquillo según documentos fehacientes.

Pocos son los vestigios que han quedado de nuestro *Velasquillo*. Sábese, sí, que ese nombre era sobrepuesto, y que legalmente se llamaba Miguel de Antona, según lo acredita la pública voz y fama, en su pueblo y fuera de él. El porqué del trueque del apellido de «Antona» por el de *Velasquillo*, no lo he podido averiguar, ni es cosa de gran importancia. Después veremos las tradiciones del héroe que nos ocupa: veamos ahora un documento que se conserva en el archivo Parroquial de Quintana Redonda, que consiste en un auto de la Visita Pastoral que hizo de aquella Iglesia el Obispo D. Juan de Cavia, en el año 1817, y que dice así:

«Capellanía de Miguel de Antona».—Continuando S. S. I. la Santa Visita de dicha Iglesia Parroquial, pidió cuenta de la capellanía que en ella y en el altar de la Resurrección y de la Magdalena, fundó Miguel de Antona, natural que fué de este lugar y criado que fué del señor Rey D. Felipe Segundo, cuya fundación no se ha presentado en esta Visita: y de las anteriores desde la de 1613, aparece que se hizo en el año 1565 con carga de *Misa y media cada semana*: la cual fué reducida en una en el año 1622 entre tanto que la propiedad no redituase lo suficiente para cumplir toda la carga que impuso el fundador. Son Patronos, según se dice en la Visita del año 1740, el Cura y Alcalde de este Lugar.»

En otro auto, y á continuación del anterior, se dice:

«Memoria de misas y pan cocido de Miguel de Antona.» —«Continuando S. S. I. la Santa Visita... pidió cuenta de la memoria piadosa que fundó Miguel de Antona por su testamento que otorgó ante Cristóbal Valenzuela, vecino de la ciudad de Cuenca, escribano público y notario de S. M. en Madrid, ante quien otorgó también un codicilo en 17 de Agosto de 1570. Por dicho testamento fundó una

vinculación de varias fincas, á la cual dió el nombre de patronato, y quiso poseyese Pedro de Antona su sobrino, hijo de su hermano mayor Francisco de Antona.... Sobre este patronato y vinculación fundó la memoria de misas y limosna, que consistía la primera en cuatro misas y la segunda en seis reales anuales que debe pagar á la Iglesia, por razón de vestuario: en la iluminaria del altar de la Magdalena en los días festivos; en cuatro reales que se han de dar á los pobres con más tres fanegas de trigo de pan cocido.»

Por lo que se lee en el auto, debió extraviarse la escritura de fundación de la Capellanía: con todo, no es esto óbice para que concedamos al auto de Visita toda la plena fé que merece.

Como que en el archivo de la Parroquia de Quintana no hay libros sacramentales anteriores al año 1536, no he podido hacerme con la partida de bautismo de Antona, ni con las de matrimonio y defunción.

IV

Loperraez desmentido por los documentos.

El Historiador oxomense habla de *Velasquillo*, sin darnos noticia alguna del sujeto, ni de su alcurnia, ni de su historia. Dice que fué natural de Quintana Redonda, que allí hizo algunas fundaciones y que todavía se *mantiene* ó conservan algunas alhajas. Estas señas son bastantes para señalar y poder saber con certeza que el *Velasquillo* de Loperraez es el *Miguel Antona* del auto de Visita: este como aquél funda una Capellanía y una obra pía de misas y limosnas: de Miguel de Antona se han conservado algunas alhajas que dió á su Parroquia, entre ellas un pálido, del cual hablaremos después; y, por fin, el altar de la Resurrección y la Magdalena, es el *altar de Velasquillo* porque en su tríptico hubo sus retratos y porque en él hizo Antona la fundación de la Capellanía.

Hasta aquí están de acuerdo Loperraez, el auto de visita y la tradición: en lo que se contradicen es en que Loperraez asegura que Velasquillo fué bufón de Felipe IV, y en los autos de Visita se dice que fué criado de Felipe II.

Yo he puesto mucho empeño en averiguar la verdad: porque Velasquillo, al lado de Felipe II, no puede menos de ser una figura relevante y simpática, como todas las cosas y personas que rodeaban al *Rey Prudente*. En la Corte de Felipe IV, confundido entre Cárdenas (*el torzador*) Calabacillas, Pablillos de Valladolid, Pernia (*Barbarroja*), don Juanillo de Austria y otros bufones de más ó menos empuje, es una figura vulgar como todos ellos, inferior en nobleza á los Marí Barbola, Nicolásito Pertusato, el Primo, don Cristóbal Morra, Francisco Moreno, Francisco el Negro, Soplilo, Lezeano y don Antonio (*el Inglés*); y menos interesante que el *Niño de Ballenas* y el *Brión de Coria* ya que todos ellos han tenido la suerte de llegar á la posteridad con sus nombres ó apodos, viviendo su fama en los hermosos retratos que adornan los buenos museos de pintura. En la corrompida corte de Felipe IV, Velasquillo no puede tener importancia alguna: no puede ser sino un mono más entre ese enjambre de seres escrofulosos, raquíticos ó monstruosos. En compañía de Felipe II, en aquella Corte severa, grande en lo pequeño, la figura de *Velasquillo* cobra cierto realce y toda la belleza del misterio.

¿De cuál fué bufón Velasquillo? Veámoslo.

Identificado el Velasquillo de Loperraez con el Miguel Antona, de Quintana, basta que nos fijemos en las fechas arriba citadas, para poder puntualizar la época en que *florció*.

Dícese que otorgó testamento ante Cristóbal Velazuela, en 1570; y en 1565 había hecho la fundación de la Capellanía en el altar de la Magdalena. Cuando otorgó el testamento é hizo dicha fundación, no debía ser ya niño, antes hemos de suponerle de edad proveya y madura, como hombre que piensa en fundaciones piadosas, como quien dice en la otra vida, y que comienza á proveerse de auxilios para su alma. Tendría, en buena hipótesis, uno-cincuenta años, ante los cuales las bufonadas y socarronerías se convierten en acciones serias y en meditaciones sobre la muerte.

Siendo así, Antona no pudo ser bufón de Felipe IV, el cual no entró á reinar hasta el año 1621, en cuya fecha Velasquillo habría contado la friolera de cien años, edad harto pesada para dejar humor y libertad á los hombres de placer como los de Felipe IV.

En cambio Felipe II reinó desde la abdicación de su padre el emperador Carlos V de Alemania y I de España, (el cual murió en Yuste en 1558) hasta el 13 de Septiembre de 1598, fecha de su fallecimiento. Este período comprende los años en que se dicen otorgados por Velasquillo los documentos de las fundaciones, testamento y codicilo; y por lo tanto hemos de convenir en que *fué criado de Felipe II*, como dice el auto de Visita del Obispo Cavia, y no pudo serlo de Felipe IV, como lo asegura Loperraez en los dos puntos en que habla del ilustre hijo de Quintana Redonda.

V.

Velasquillo ante la historia.

No he leído, pero sí ojeado los ochenta tomos de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*: he leído de cabo á rabo la historia de Felipe II por Cabrera, en cuatro voluminosos tomos, y algunas otras obras referentes al *Rey Prudente*, y en ninguna de ellas he tropezado con el nombre de Velasquillo, ni con el de Miguel de Antona. He visto varios libros que tratan de las costumbres de la Corte en tiempo de Felipe IV, con el mismo negativo resultado. Solamente en la repetida historia de Loperraez y algunas otras de tan poca autoridad como el Diccionario de Madoz he leído la noticia de que Velasquillo era bufón de Felipe IV.

No he podido hallar ningún catálogo completo de los bufones de Felipe IV; pero en los romances é historietas que de ellos he leído, no he observado el menor rastro de Antona. Por todo lo cual, por más extraño que parezca, entiendo que puede darse por averiguado que Velasquillo fué gracioso del gran Rey, fundador de El Escorial, y no del galante idor de cómicas.

¡Felipe II y Velasquillo! Para los aficionados á estudios históricos no habrá absurdo mayor que el de suponer á Felipe II entretenién dose con Velasquillo. Aquel carácter severo, y más que severo feroz, con que han querido pintarnos á aquel monarca sus enemigos, se disipa necesariamente ante las muecas ó extravagancias del gracioso criado. Ellos dirán: ¡imposible! si hubo Velasquillo no hubo Felipe II, y si hubo Felipe II no puede haber Velasquillo: son personas antitéticas. Aquel monarca misántropo, aquel genio soberbio y activo que jamás fijó sus miradas en la tierra, aquella figura humana que en época de gentilismo habría depuesto á los dioses y ante quien los dioses habrían doblado la rodilla..., ¿bajarse hasta el extremo de divertirse con las chavacanadas de Velasquillo....? Imposible.—Pero debe ser así, por más que duela á los calumniadores del hijo de Carlos V.

VI

Velasquillo y Felipe II en Lisboa.

Hace diez años que se publicaron algunas cartas de Felipe II á las infantas sus hijas, e critas de Lisboa; y en ellas hay numerosos pasajes en que se habla de dos sujetos hasta ahora desconocidos, llamado el uno con el nombre de *Morata* y el otro con el de *Madalena*. Aquí van algunos extractos:

En carta, su fecha á 26 de junio de 1581, dice así: «Otras cosas habría que decir destos días, mas no ay tiempo para ello, y Madalena y otros las deven de escrivir.» Madalena anda oy en gran soledad de su yerno que partió oy para ay, aunque yo creo que lo haz por cumplimiento; y estovo muy enojada comygo porque le rñi algunas cosas que avía hecho en Belen y en las galeras, y Luys estovo muy brava por lo mysmo.»

En otra de 10 de julio, se lee: «Madalena fué oy á la galera despues que yo, y creo que anduvo un rato mareada; y hasta agora no se osa desmandar mucho por este lugar: yo creo que es porque no le den grita, como las dan á otras, diciéndoles *daca la cuerda*.» En la que lleva la data de 23 de octubre, escribió: «Madalena está muy enojada comygo despues que os escribí, porque lo reñí á Luis Tristán por una quistion que tuvieron my sobrino, que yo no la oí, y creo que la comenzó ella, que ha dado en desonrarle. Se ha do muy enojada comygo, diciendo que se quiere ir y que le ha de matar: mas creo que mañana se le habrá ya olvidado.» En otra de 29 de Enero 1582, decía á sus hijas: «Madalena me dijo oy que escribiría, y hasta agora no ha venido, que no se que se trae en estos días, que parece muy poco. No sé si el vino tiene alguna culpa de esto; y bueno my pondría si supiere que yo escribo tal cosa: y Morata esta aquí agora y un poco asido y con el mayor de asosiego del mundo. Con que ha hecho tardar más en escrivir esta carta de lo que pensé.» En la anterior del 15, les había escrito: «Ya creo que Madalena no está tan enojada comygo; pero ha dias qu' está mala y áse purgado y quedado de muy mal humor, y ayer vino acá y está my mal parada y flaca y vieja y sorda y medio caduca, y creo qu' es todo del lever, que por esto creo que huelga de estar sin su yerno. Oy no la he visto, y creo no or escribe, por andar de tan mal humor: y ayer me dixo que no estava enojada con la que os escribí, que llaman Mariola, y se llama, Matifernandez, y así lo creo, porque antes huelga de oirla cantar y con razón, porque canta my bien, sino qu' es tan gorda y tan grande que ca i no cabe por las puertas.»

En otra, fecha en Almeryn á 7 de mayo, explicáales cómo «Madalena andá muy alegre con my hermana, aunque muy rota una ropa de tafetan que trae; pero yo tengo la culpa, que no le he dado nada, aunque ella lo ha de do de acordármelo.» En la subsiguiente del 4 de junio, decíales: «Bien creo que las damas de my hermana han achicado los avaninos, porque no los traen grandes mas las beidagadas no por cierto, que son terribles, si no es la doña Graciosa con quien está agora muy mal Morata, y de manera que no sé quantos días no le podemos hacer ir al aposento de my hermana. Y estando diciendo esto, ay una grita que le dan en la casilla, aunque ya no le dan tantas como solían.» «Madalena.... haze estos días ventana en su aposento para ver baylar á los negros.» A 25 de junio les decía que Madalena «el otro día tu' o un desmayo y ha quedado harto flaca. Morata diz qu' está ya bu no, más aún no viene acá; y hartas veces me ha pedido os embie recados y quería me los dar tan largos que no os los he escrito; y no lo sepa él, que lo tomaría my mal; y algunas veces se los doy yo vuestros, que todo es menester para que no esté my mal comygo, aunque algunas vezes lo está harto, pero no tanto como solía. No sé lo que será despues desta enfermedad.» (1)

(1) *Lettres de Philippe II á ses filles*, por M. Gachard. París 1884. Pueden consultarse los escritos del célebre vindicador del *Rey Prudente*, D. José Fernández Montaña.

El estilo familiar con que Felipe II habla de Madalena, *la famosa Madalena* como dice el señor Fernández Montaña (1) la que se atrevía á reñir al Rey, y del Morata, ya no menos famoso, ha echado por tierra lo que hasta ahora habían dicho los críticos sobre el genio inaguantable del monarca. El tono en que habla de entrambos, denota que era más campechano de lo que ordinariamente se cree. Bajo este aspecto Mr. Gachard ha prestado un gran servicio á la historia de ese gran carácter, que entre los demás reyes sobresale como un gigante.

Pero ¿quién es Morata?

Mr. Gachard, tomó á pecho la averiguación de quien fuese ese personaje, y asienta esta conclusión como resultado de sus investigaciones.

«En los archivos del Palacio Real de Madrid, hay un inventario en que consta un retrato de un *Morata loco que fué del rey nuestro señor*. ¿Será el Morata de que habla Felipe II en sus cartas?» (Página 68, nota 6.^a.)

Con gusto habría intentado yo averiguarlo, si el mismo autor no nos dijera, que, después de grandes trabajos no ha podido hallar cosa que le orientase. «Ye me suis donné—escribe en la nota á la pág. 67—toutes les peines possibles, pour savoir quels emplois s'employaient dans la maison royale cette Madeleine et les autres seigneurs dont les lettres de Philippe II font mention: Cabrera, Caranda, el Calabrés, Morata, Tofiño..., Luys Tristan etc.—Y' ai écrit á M. Diaz, directeur des archives royales de Simancas, qui m' a répondu que ce grand dépôt ne renferme point d' états du personnel domestique de la maison de Philippe II.—Des recherches ont été faites, grâces á l' intervention bienveillant de M. Canovas del Castillo, á qui je ne saurais trop exprimer ma gratitude, dans les archives du Palais, á Madrid: elles si ont eu que peu de résultats.—J' eu ai pu davantage un resigner sur les fonctions dont étaient chargées au res des enfantes, plusieurs dames citées dans cette correspondance.»

Después de registrados los archivos de Simancas y del Palacio Real y después del trabajo de Mr. Gachard, es ocioso hacer nuevos registros sobre punto tan curioso, pero tan poco reproductivo.

«Morata» fué el nombre con que se dió á conocer Olympia Fulvia, una de las mujeres más sabias del siglo XVI, la cual murió en Ferrara en el año 1555. Aunque en España algunos pueblos llevan el nombre de «Morata», y que bien puede pasar á ser el patronímico del *loco gracioso* porque fuese natural de alguno de esos pueblos, y aunque Felipe II estuvo en Inglaterra en una población así llamada, me inclino á creer que siendo Olympia de la misma época y muy célebre en Europa, pudo darse al *loco gracioso* por antífrasis, el apodo de *Morata*, con alusión á ella, como sucedió en la Corte de Felipe IV con los *Juan de Austria* y *Barbarroja* falsificados. En vista de ello, aventuro mi opinión de que el *Morata* de que habla Felipe II en las cartas á sus hijas, puede muy bien ser nuestro Miguel de Antona, llamado vulgarmente *Velasquillo*.

VII

Careo entre Velasquillo y Morata.

Una sola vez, que yo sepa, se habla de Morata en la Historia escrita por Cabrera, tomo segundo, pág. 428: el señor Fernández Montaña el entusiasta vindicador del rey prudente, se contenta con admirar el privilegio de nuestro héroe, sin dar señales de su origen: Mr. Gachard se ha hecho parte en la demanda y confiesa haber resultado inútiles sus investigaciones acerca del *loco gracioso*: nos vamos á atener, pues, al testimonio del primero de dichos autores, el cual refiere la siguiente anécdota: Observó Morata que el Rey despedía sin darles limosna á muchos pordioseros que se la pedían; y «diciéndole—el loco gracioso—porqué no daba á tantos como le pedían y se quejaban, respondió (el Rey): si á todos los que piden diese, presto pediría yo.» Esta interpección, demuestra toda aquella franqueza y familiaridad que se revela en el tono con que habla Felipe de Morata en sus cartas, hasta el extremo de

asírsele y no dejarle escribir con holgura. No sé si ese Morata sería el bufón de que habla Artaud de Montor en la Historia de Gregorio XIII. Dice este historiador que Felipe II tenía un bufón, que viéndolo un día al rey sentado á la mesa con Buoncompagni, Peretti, y Cartagena y otros dos enviados pontificios, y comiendo de tres sopas, dijo al príncipe: «Vuestra Magestad, come con tres *pappi*» Juego de palabras sobre las voces *pappi* (sopas) *papi* (papas) (1) Si este bufón era Morata, como lo parece, podemos decir que Velasquillo, en burlas ó en veras era bufón y profeta, porque los tres sujetos arriba nombrados fueron papas de hecho.

Ahora bien: entre las pocas noticias que la tradición nos ha conservado respecto á Velasquillo, cuéntase la siguiente que copió fielmente de una carta del Sr. Párroco de Quintana Redonda, al cual pregunté acerca de la verdad de lo que dice Loperraez. Con respecto al palio, hecho de las piezas de una capa de raso blanco, que fué de Velasquillo, dice que este la adquirió de la siguiente manera.

«Respecto á esta tradición he preguntado—dice—á un anciano de ésta, cuya esposa debió ser descendiente de los Antonas, y me ha dicho lo mismo, explicándome que habíale el Rey puesto de guarda de una viña para que impidiese que nadie entrase en ella; y preguntándole el criado al Rey qué haría con los que traspasasen la prohibición, díjole éste que *fuese quien fuese le quitase la capa*. Por distracción ó adreces, el Rey penetró en la Viña: Velasquillo reclamó la multa, y Felipe II la pagó religiosamente entregándole la capa, de la cual se dice compuesto el palio de la Parroquia.

En nada desdice el cuento de lo que hemos visto en las cartas y de los otros cuentos que refieren Cabrera y Artaud de Montor. Aquel Morata que vimos en el despacho de Felipe II teniéndole asido del brazo, es el mismo que en medio de la calle le pregunta que porqué no dá á cuantos le piden, es el de los *papi*, y es todavía el mismo de la capa. La misma familiaridad, el mismo cariño y el mismo respeto á sus *graciosidades*.

Morata no es un bufón de los que nos imaginamos: más bien es un loco bendito, un inteliz. Felipe II que difícilmente habria sabido reir una mueca de un bufón desfachado, está muy en carácter, complaciendo á Morata dándole cuenta y razón de sus acciones, y cediéndole la capa ganada en buena lid. Siendo esto así, bien podemos envidiar la suerte de Velasquillo. Los grandes historiadores tuvieron á especial satisfacción escribir la vida de Felipe II: Morata, ó ya Mignél de Antona, tiene por cronista y por historiador al mismísimo Felipe II, que se huelga refiriendo las cosas de Velasquillo y explicándose las á sus hijos.

VIII

Los cómplices de Velasquillo y los de Morata.

Felipe II, en sus cartas, habla de *Morata* y sobre todo de la Madalena. ¿Quién es ella? Tampoco nadie lo cuenta. El mismo incógnito cubre al uno y al otro: Los cronistas y romanceros anduvieron torpes en esta particular; que bien merecen los honores de la fama, los que supieron merecer la distinción especialísima del árbitro de Europa en el siglo XVI. Ello es que por desgracia no nos han dicho nada de esos personajes; los únicos que gozaron del privilegio de *reñir* y jugar con el *terror de los infieles*, ante quien

(1) *Historia de los Papas*. Tomo (1.) página 324.

temblaban los más bravos capitanes. ¿Es Madalena la esposa de Velasquillo? Este problema querria resolver: pero ya que no hallo datos fehacientes, voy á apuntar los fundamentos de mi opinión de que Morata y Madalena son marido y mujer: opinión que doy por cierta hasta que otro aficionado la desmienta ó la verifique; si la suerte le facilitase medios para ello. Tres son las razones de mi conjeturas.

La primera es que Felipe, en sus cartas, habla con la misma llaneza de uno que de otro; la segunda, que según testimonio de Loperraez, en los lienzos de la Aguilera y Quintana, aparecen juntos los retratos de Velasquillo y su mujer: y siendo los de la Aguilera conmemorativos de las visitas que hicieron los reyes á aquel monasterio, probaria que la mujer de Velasquillo seguía también la Corte del monarca; la tercera es la particularidad de estar dedicado á la *Madalena* el altar en que hizo Antona la fundación de la Capellanía.

En la Aguilera, según carta que me ha escrito el P. Superior del convento, no se conservan más lienzos, respecto á reyes que uno que recuerda una curación milagrosa obtenida por la intercesión de San Pedro Regalado, en la persona de Felipe IV siendo todavía niño.

Felipe II, acompañado de su corte, pudo estar en la Aguilera cuando desde Valladolid fué á Madrid, por Aranda de Duero y Burgo de Osma. (1).

Por fútiles que parezcan tales razones, los doy por valederos hasta que otras mejores se presenten: y quedaría completamente resuelta la cuestión si como me dice, -D. Teodoro Ramirez, es verdad que en la obra de Retondo titulado *El Escorial*, y en el punto en que se describen las pinturas de la escalera principal, hay un lado de Felipe II el retrato de un bufón que se llamó Miguel Antona,

(1) Felipe II estuvo en Quintana Redonda cuando la famosa *jornada de Tarazona*, según lo hace constar Enrique Cok. En el Archivo Municipal de Soria, faltan precisamente las *Actas* de ese año. Tampoco se conocen documentos en Quintana. De las tradiciones sobre Antona, hablaremos otro día.

IX

Comprobaciones en proyecto.

Si se hallase el cuadro que M. Gachard hace figurar en el inventario de los muebles de Felipe II en el cual está retratado Morata, y si apareciese el retrato de Velasquillo que según Loperraez y Mañoz existían en la Aguilera, ó bien si pudiese descifrarse su fisonomía en el triptico de Quintana, comparando estos retratos entre sí y con el que dice Rotondo que existe en la escalera principal de San Lorenzo, sería facil decidir si se trata del mismo ó de distinto sujeto.

Para saber si Velasquillo fué bufón de Felipe II ó de Felipe IV, y si ese es el Antona de Quintana, bastaría examinar la época, firma del autor, ó fecha de los cuadros de Quintana y la Aguilera, que á ser de la época de Felipe IV serían probablemente de Velazquez, el cual, además de ser el pintor de cámara de este rey, dejó numerosos retratos de los bufones, enanos y servidores de la real casa, muchos de los cuales se conservan en los museos de pinturas. Si así fuere, debiéramos lamentar el sacrilegio cometido en el cuadro de Quintana, por un párroco ignorante, al manpar borrar las pinturas, y el extravío ó desaparición del de la Aguilera, que debió suceder cuando los bárbaros progresistas del año 35 y 70 profanaron y destruyeron los conventos y sus archivos.

Mientras que nada de eso se averigüe, y en tanto que en algún documento histórico no aparezca con mayor claridad lo contrario, me permito creer que con aquel Velasquillo que llamó la atención del Rey desde la calle en donde estaba haciendo grandes saludos á un borrico, es el Morata que hemos encontrado en Lisboa en compañía de su mujer, la famosa Madalena, y ambos á dos fueron los graciosos de Felipe II y no de Felipe IV, y los que hicieron la fundación de la *Misa y media* cada semana, bufonada la más graciosa que puede contarse de Miguel de Antona.

Con esto, pongo fin á la vindicación de este ilustre soriano, honra de su pueblo y martirio de Gachard, á quien transmito estas sospechas para cuando haga una nueva edición de las cartas de Felipe II.

CEFERINO AMÓS.

LA REINA DE TARDAJOS.

I.

El Ferial y sus avenidas están llenas de gente como en días de gran fiesta. En los semblantes se revela la ansiedad que produce la espera del comienzo de un espectáculo. Y á pesar de la aglomeración de gente, el silencio era aterrador; solamente se percibía el ruido semejante al que produce un enjambre de abejas ó á los murmullos de un cortejo fúnebre.

De repente se oyó una voz que sobresalía entre las apagadas de la muchedumbre. Habriase dicho que era la voz de mando de un jefe, porque aquella masa de carne humana volviése como un ejército mirando hácia la calle del Postigo. A esa voz retumbante y sonora, el disciplinado ejército contestó: «¡Ahora...!» y un ahogado suspiro salió de todos los pechos.

Oyóse con más claridad la voz que se iba acercando por momentos: era la del fatídico pregonero que leía una *sentencia de muerte*. La víctima predestinada era la *Reina de Tardajos*, seguida de una Corte lúgubre, montada en un jumento que pasaba indiferente, vestida ella de hopa amarilla y tendido á la espalda el rubio y blondó cabello: en aquel supremo momento Pascuala Calonge era una *reina* de la belleza y de la desgracia: una Phrynea capaz de enternecer con una de sus miradas á jueces y verdugos. Iba á expiar en el patíbulo sus crímenes.....

II.

Pascuala, llamada la *Reina de Tardajos* por su notable hermosura y por su buena posición, había casado con un labrador, vecino de aquel pueblo. ¿Por qué, siendo tan hermoso su semblante, había de abrigar en su corazón amores criminales y sentimientos de hiena? ¡Terrible tormento de esas criaturas al parecer angelicales! Aquel angel en el exterior, ocultaba en su seno una pasión que había de sumirle en la mayor desgracia.

Era su cómplice un licenciado del servicio militar, apuesto joven que entró en la casa en calidad de criado, y en compañía de la infiel esposa tramaron la muerte del confiado marido que después de salir ileso de algunos atentados, apareció asesinado con horrosas mutilaciones en su propio dormitorio. Los amantes intentaron ocultarlo achacando á los animales domésticos el crimen; pero la sangre del infeliz pedía justicia, y la halló completa.

Un día de invierno que apareció enlutado, la *Reina de Tardajos* y su criado subían al cadalso levantado en el Ferial. El desgraciado amante pidió por única gracia ser ajusticiado después que lo hubiese sido su compañera, por temor de que las rique-

zas y su hermosura la librarán del patíbulo. Pascuala fué ejecutada á la vista de su criado y cómplice y seguidamente éste pagó su delito en la misma forma.

Ambos lloraron tarde su pecado para la sociedad, pero no para Dios: su arrepentimiento fué tan sincero, que el confesor de Pascuala, D. Julián Celorrio, llegó á decir que había muerto como una santa.

El cadáver de la *Reina* fué enterrado en el atrio de la *Soledad*, en un hoyo al cual afluía el agua con abundancia. Blancos copos de nieve eran las lágrimas que caían al rededor de su sepultura. ¡Hermosas jóvenes que en el paseo de la Soledad estais pensando en la belleza: dedicad un recuerdo á la *Reina de Tardajos* y miraos en su espejo! Las galas de su vanidad y los consejos de las pasiones, se convirtieron un día en la amarillenta hopa y el trono de su orgullo en un patíbulo. Los que entonces eran niños y presenciaron el triste espectáculo de su ejecución, recuerdan de una bofetada que se estampó en sus mejillas: era la mano del padre ó de la madre que les quería decir: «aprende.»

III.

Pascuala Calonge había dejado una hija. La impresión que había causado su muerte se iba borrando de la memoria..... Una persona de su familia compraba, pocos años más tarde, una casa que daba enfrente de la ventana del calabozo que en la cárcel había ocupado Pascuala. ¡Cosas de la vida! Si esa ventana del calabozo hubiese podido hablar, habríamos oído al mismo tiempo los llozos de Pascuala y las risas de sus parientes.

Pasaron años y más años: ya nadie, ni su propia hija se acordaba de aquel día de invierno de 184... y ésta pensó en casarse.

Pocos días antes de la boda, en la puerta de una tienda de carpintería de la calle de la Zapatería, estaba de pié y completamente absorto mirando unas caballerías cargadas que iban calle abajo, el maestro carpintero, á quien sacó de su éxtasis un sacerdote.

—¿Qué le ocurre á V., maestro? Díjole el Beneficiado.

—No sé, no sé, D. Atanasio. ¿Vé V. aquellas caballerías que llevan una cama....?

—Sí, por cierto: es la que V. ha labrado en su taller.

—Pues bien: la han comprado unos novíos: en ella pasarán la noche de bodas.... ¿Comprende Vd....?

—Comprendo: las tablas son las que sirvieron para el patíbulo de la *Reina*....

—Puntualmente.

—Y en la testera intercaló V. el palo en que fué sugetada le argolla.

—¡Eso es! admírese V. don Atanasio.

—Verdad, maestro. ¿Quien les dijera á los novios....

—Ah, nó señor: libreme Dios de pensarlo siquiera. Vd. no sabe, don Atanasio.

—Pues ¿qué?

—Que la novia es....—y el maestro no pudo proseguir sin derramar una gruesa lágrima. El sacerdote y el maestro estuvieron un momento como presos de una terrible visión. La campana de la Colegiata daba la última señal para el coro, y el Beneficiado sin levantar la mirada del suelo murmuró: *justicia... justicia...* El maestro respondióle: *horrible secreto...* y se quedó más preocupado que antes.

IV.

En lo alto de la *Dehesa* dos parejas iban tramando una conspiración horrible: una esposa iba á ser infiel á su marido y una doncella iba á vender su honra. La noche era tranquila: el cielo encapotado rasgóse para dar paso á un rayo de luz occidental que

fué á parar á la misma esquina de la *Soledad*. ¡Rara ocurrencia! dijo la atropellada esposa: mira que va á ser inoportuna esa luz...

—La luna es muy discreta, respondió uno de ellos. El rayo de luz iba corriéndose hácia donde estaban los cuatro, como luz de una linterna guiada por mano curiosa y se iba acercando....

—Pronto dejóse ver entre las fantásticas sombras de los árboles un bulto semoviente.... una cosa blanca primero, amarilla después.... luego un rostro de mujer.... y unos cabellos rubios sueltos á las espaldas y finalmente; *una-hopa*.

—¿Quién? preguntó iracundo el seductor de la esposa.

—¡Huyamos! gritó en aquella soledad la incauta doncella, echando á correr en dirección opuesta. Su ama, la casada, sobrecogida de miedo, preguntó...

—¿Qué es eso....

—¡Oh—respondió la sirvienta huyendo!

¡*La Reina de Tardajos!*

L. CARRASCO Y PRÍM.

Revistas sin política.

Sr. D. Miguel Pardo.

Valladolid

Estimado amigo y dignísimo compañero: He leído los dos primeros números de su ilustrada Revista, y en el primero me han sorprendido las acusaciones que usted dirige á la política en general, copiando casi al pié de la letra las palabras que sirven de lema á la *Revista Popular*: «nada, ni un pensamiento para la política: todo, hasta el último aliento para la Religión».

Como considero que su Revista va dirigida al pueblo y clero católicos, y como creo que la práctica de esa máxima es precisamente lo que nos está perdiendo, si ya no estamos perdidos del todo, me creo en el caso de llamar su atención acerca de la oportunidad de esa máxima errónea, como luego vamos á ver.

No imagine usted que por el mero hecho de proponerle esta polémica, me voy á disparar con denuestos y agravios. Si usted me ayuda, aunque otra cosa no consiguiéramos, podríamos conseguir el dar una lección á esos otros periódicos llamados católicos que confunden la discusión periodística con la riña de comadres, y echan mano de las injurias para suplir las razones. Tomando por norma aquellas pa-

labras que con fundamento ó sin él atribuyen á San Agustín «*in necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas*», podríamos resucitar en esfera más modesta, aquel estilo de nuestros grandes escritores y polemistas que tantos y tantos errores acerbillaron sin lastimar las personas. Esto por sí solo sería ya un gran bien, demostrando con la práctica que lo cortés no quita lo valiente.

Digo, pues, que esa máxima ó no dice nada, ó afirma un error de gravísimas consecuencias.

La Revista Popular, á quien he citado ya, que la adoptó por lema y la dió celebridad, fué acusada en cierta ocasión de haberse metido en política, y sólo ella sabe los apuros en que se vió para defenderse de tal cargo.

Es que la política, amigo mío, es una ciencia como otra cualquiera: y las ciencias, como las musas, son hermanas gemelas, unidas por tan íntima simpatía, que es imposible dañar á una sin que inmediatamente se resientan las otras. Los diversos órdenes de la verdad forman un conjunto armónico. Son como las diversas ramas de un árbol y sucede con ellos lo que sucede con el árbol: que tirando de una hoja, y agitando un pequeño ramo, se pone en conmoción y se ex-

treméce todo el árbol, aún las ramas más distantes.

Es imposible tocar una sola verdad, ya sea axiomática, ó del orden más infimo, sin que se resienta todo el árbol de la Verdad cuyo tronco es Dios.

Al reprobar *toda* la Política, queda reprobada toda una *ciencia*: toda una de las ramas de la ciencia: y no es de extrañar que las demás acudan en su apoyo.

¿No recuerda usted, amigo mío, haber visto en los libros elementales de la Filosofía católica, algunos capítulos que pueden servir de introducción al tratado de Política? En la misma Teología Dogmática y Moral, ¿no ha encontrado usted cuestiones que se refieren á la política? Santo Tomás no creyó injurioso para su genio teológico el escribir un tratado principalmente político, y ya sabe usted que ha llegado á ser adagio entre los sabios la observación de que «los mejores políticos han sido siempre los teólogos,» lo cual no tendría fácil explicación si la teología nada tuviese que ver con la política.

El adoptar como máxima fundamental este lema *nada para la política, todo para la religión*, ¿qué es es sinó establecer *á priori* el divorcio completo entre la Religión y la Política? Si puede subsistir *toda* la Religión, no tomando *nada* de la Política, la Política es independiente de la Religión y viceversa: ambas pueden vivir y funcionar sin tropezar una con

otra. Luego tienen razón los que piden la *Iglesia libre en el Estado libre* ó viceversa. ¿Es esta la consecuencia que quiere usted sacar del principio que establece en su Revista?

No lo creo.

Recuerdo, sí, que antaño El Nuncio dió con oportunidad la orden de que el clero se mantuviese retraído de la política: pero de eso hace ya quince años y era cuando alguien pretendía *identificar* la política y la Religión. Ahora, en cambio, se inicia el movimiento contrario, porque hemos caído en el error contrario. Ya sabemos que la Religión y la Política no son una cosa idéntica, y son muchos los que pretenden establecer una separación total y absoluta entre ellas, lo cual es otro error tanto ó más grave que el primero.

Así parece que lo reconoce en sus últimos escritos el Emmo. señor Cardenal Cascajares, y así lo ha entendido también León XIII que destinó una Enciclica á esta materia.

¿No le parece á usted, amigo mío, que esa máxima es errónea? Si así lo cree, retírela de su semanario cuanto antes, para que no contamine á algún incauto.

Y con esto es de usted atento amigo y compañero q. b. s. m.

S. PEY-ORDEIX.

MIS CRÓNICAS.

Debiéramos hablar de Semana Santa; pero á EL URBION le pasa lo que á *mosen Peire de la Bola*.

Mosen Peire era un cura de aldea muy bendito, y pertenecía á aquellos tiempos en que no había suegras ni *gallofas*.

¿Se ríen ustedes?

Es verdad; quiero decir, que no había *Epactas* ni *Directorios de reso*, y como á aquél que se le retrasó el *Diario*, á *Mossen Peire* se le retrasó la *Epacta* y perdió la cuenta del día, en que vivía.

—Parece que el Sol comienza á calentar-- díjole un día al Sacristán.— La cuaresma debe de andar cerca.

—Así, así debe de andar ya— díjole el Monago.

—Pues anda: tú véte al pueblo inmediato y pregúntale al señor Arcipreste que á cuántos estamos.

—¿Qué te ha dicho el señor Arcipreste? preguntó-le *mossen Peire*, cuando volvió.

—¿Qué me va á decir: nada!

—¿Cómo nada?

—No hacía falta. He entrado en la Iglesia y he visto que están poniendo el monumento.

—¡Chércoles! dijo el pobre cura— Si que andamos retrasados..... pero ¡no les ha de valer! anda á la torre y toca á *alleluya*: á ver quien llega antes.

Y dicho y hecho. En Jueves Santo, *Mossen Peire* estaba ya de Florida.

EL URBION llegó tarde para el número de *Semana*

Santa; pero en eso de cantar el *Resurrexit*, no nos han de aventajar.

Sí, ¡*alleluya*! y cien veces *alleluya*.

¿Por qué?

¡Toma! Porque S. M. la Reina Regente ha pedido oraciones, y eso merece un repique general.

Cuando todo el mundo se acordaba solamente de las Cubas y del amortizable, la Reina se ha acordado del cielo. ¡*alleluya*!

Pero hay además otros *alleluyas*.

El gobierno español ha dicho al gobierno *yaukee*; *no me da la gana*. Bien: echemos otro ¡*alleluya*!

El ministro de la Guerra ha dicho que si España se hubiese cuadrado hace tres años y hubiese abofeteado á Mister..... *aquel*, otro gallo nos cantara. Aunque ahora nos cante mal gallo y por más que el del ministerio de la guerra cante algo tarde, cantemos otra vez ¡*alleluya*! El ministro de la guerra se parece algo al gallo de la Pasión, que inspiró á *Clavirana* el artículo más sabroso del mundo.

¿En qué se parecen? En que ambos cantan cuando ya la cosa no tiene apenas remedio. Pero ¡qué diantre! que canten. Á cada quiquiriqui suyo, nosotros cantamos: ¡*alleluya*!

Parece que también los Estados Unidos comienzan á cantar. Antes cantaron las *cuarenta*. Ahora que el general *Correa* no quiere tener más *correa* y

les canta el *órdago*, parece que comienza á ensayar otro cántico. ¡Si cantarán la *palinodia*!

Digamos con Clavarana:

Canta canta, canta, canta.

¡Rediez! y qué murga vamos á tener y qué zalgarda.

También el señorito de Beranger ha querido meter su cucharada cantando. Y ha hecho un *gorgorito*. Ese sí que es gallo, el que nos ha soltado el dichoso general. Así que lo ha oído el *Imparcial*, ha sacado los platillos para acompañarle. El *Heraldo* lo hizo mejor; sacó su *violón* y dale quidale. A fé que el *Heraldo* se las pinta por ese instrumento. El maestro Canalejas es habil tocador de violón. Tiene la gracia de estar siempre desafiando. Y eso que sus cantineas y cantimploas son sumamente melódicas.

En fin: ya soltó la suya Beranger.

¿Qué dirá de eso Moret?

Déjenle á Moret su auto-monio. Salió con la suya y por lo demás previente el mundo!

¡Tiene talentazo mi tocayo! antaño nos largó un *modus-vivendi* que ya, ya. No deja de haber quien se ha aprovechado. Ahora nos ha traído la *autonomía*.

Au... esta sílaba pertenece á la fonética tremebunda de Carulla. *To...* Si dijese *ta*, podríamos repetir la y decir: *ta... ta... ta...* Ahora, repitiéndola, hemos de decir: *to... to... to...* como el violón del *Heraldo*.

No... mia; es decir: *suya*. Esto pertenece al estilo etimológico ojival. Moret dirá: *Au, au!*

Y el *Heraldo* continuará: *tó, tó, tó...*

¿Y las grandes potencias?

No dicen ni *au*, ni *to* ni *nomia*. Comienzan por donde acaba el Sr. Moret, y acaban por donde él comienza.

Las grandes potencias no dicen más que *enia... au!*

El oficio de *micifuf* (Inglaterra) y *Zapirón* (Alemania), ¿Francia? Los franceses hace tiempo que son rusos y los rusos hace tiempo que son griegos. Es decir: *gringos*. Están tocando el *tó... tó... tó...* y nada más.

Se han decidido á intervenir y han dicho: ¡*Miau!*

Mac-kinley quiere decir *marramau* y le sale *marrameu*.

No hablábamos de Italia, y hay que escuchar lo que ella dice. ¿Oyen Vds.?

—¡*Miiiu...*!

¡Hola! Algo es algo.

España..... ¡Si: España no dice *miu* ni dice *mau* Sagasta dice: *ta... ta... ta...*

Y el *Heraldo* seguirá diciendo: *to... to... to...*

¿*Tá... tó?* ¡*Tato!*

Pues lo que es con esas sílabas no saldrá el ¡*Alleluya!*

¡La intervención!...

A buen hora *kikiriki*. Este gallo en vez de *kikiriki* nos saldrá con *kikiricascas*: y el gallo será gallina.

¿Recuerdan lo de Grecia y Turquía?

Pues bien: Decía Grecia: ¡que me matan!

Las Potencias no decían oste ni moste.

—¡Que me revientan!—añadía Grecia: y las potencias tan andanas como siempre.

Pues.... aquí estoy, llegó á decir Grecia. Turquía respondió. ¡*Bravo!* y sacaron los alfileres.

—¡Que Creta es mía!

—¡Que no, que es mía!

—Ni tuya, ni suya: dijeron las potencias. ¡*Miau!* aquí estamos nosotras, las gatas y gatitas de Europa. Creta es.... *nuestra* y lo pasado.... pasado.

Y los cristianos muertos.... ¡para los ¡cuervos!

A burro muerto la cebada al rabo.

Después que los Estados Unidos nos han jorobado, *la intervención.... ¡Miau!*

¿Qué intervención ni qué ocho cuartos? Antes han debido intervenir y no ahora.

¡Buenos amigos tienes, Benito....

¿Quién es Benito?

¡*To.... to... to...*!

Ca.... ca.... na.... na.... nalejas.

Pues ni repitiendo la *ca* ni la *na* resulta el ¡*alleluya!* resultará *ca-na-na* y con el *to* sale *toca*. Bien por Sanchez Toca.

Ya sé que resultará de todo eso de la intervención y de todas esas maulerías y marrullerías.

¿A que no lo aciertan?

Pues resulta que.... *Lucas Gómez.*

Hace tanto tiempo que la estamos *Lucasgomeceando!*

ANUNCIOS

(En esta sección se anunciarán gratis los libros que se reciban, no siendo contrarios á la Religión)

Los precios para obras religiosas: 25 cts. de pta. el cuadro: comerciales, á 50 cts.

LA VOZ DE SAN ANTONIO

Revista Ilustrada

Se publica los días primero y trece de cada mes.

JOSÉ SANTISTEBAN

Casa especial para ornamentos de Iglesia

San Nicolás 1.—Pamplona.

BIBLIOTECA CATÓLICO—PROPAGANDISTA DE

Pamplona.

se admiten suscripciones en esta administración
PROPAGANDA GRATUITA DE BUENAS LECTURAS.

COMERCIO DE COMESTIBLES
de

GONZALO GIL

Plaza de Herradores, 2, Soria.

En este nuevo establecimiento acaba de recibirse un gran surtido de chocolates de la marca «La heroína de Aragón» con preciosos regalos, desde media libra en adelante. Venta exclusiva en esta plaza y en la mayoría de los pueblos de la provincia.

Agualmente hay una inmensa colección de regalos para los demás artículos, haciéndose con más de 10 cupones, en adelante.

Economía y esmero en la elección de todos los artículos.

Se remiten encargos á todos los pueblos de la provincia.

Especialidad en cera.

Plaza de Herradores, 2.—

Banco Vitalicio de España

SOCIEDAD DE SEGUROS SOBRE LA VIDA
A PRIMA FIJA.

La Sociedad española más antigua y acreditada.
Combinaciones para todos los casos.

Delegado en la provincia: **Santiago Gil,**

—Collado, 61, Soria.—

PASAJE MERCANTIL

DE

Vicen, Cuartero y Carrascosa

SORIA.

Devocionarios.—Rosarios y Cruces.—Bisutería.—Perfumería.—Mobiliario.—Sedería.—Laneria, etc., etc.

ANDRÉS RUIZ

Calahorra

gran fábrica de ornamentos y trajes talaes económicos. Catálogos gratis

CIRCULO CATÓLICO DE OBREROS

del Ferrol

Segundo Certamen Literario,—Mucal,

Se verificará el 29 de Mayo de 1898.

LA AVALANCHA

Revista quincenal Ilustrada

Pamplona

EL URBIÓN

Corresponsales de esta Administración.

Barcelona: Administración de la Voz de la Patria, Bajada de Santa Eulalia, 1.—*Pamplona:* Tipografía Católica, Estafeta, 33.—*Logroño:* Señores Hijos de Alesón, Portales, 98.—*Coruña:* Don Cesáreo García, Plaza de María Pita, 18.—*Tortosa:* Administración de El Estandarte Católico, Moncada, 13.—*Madrid:* José Martínez García, Bravo Murillo, 112.—*Agreda:* Don Cecilio Núñez.—*Valladolid:* Tipografía de la Sra. Viuda de Cuesta.—*Gerona:* Don Francisco Geli, Cort-Real, 19.—*Gómara:* Nicolás Solares.—*Tarazona:* Don Juan Cruz Calvo.—*Baleraes:* Administración de El Ancora.

Quedan autorizados para admitir suscripciones en calidad de corresponsales los señores Administradores de periódicos católicos, como igualmente los señores Párrocos.